

La caída de la novena

Julian David Aponte Castro



Image not found.

Capítulo 1

La caída de la novena

Bosques de Britania

Inicio de primavera del año 121 d.C

La brillante luna iluminaba a una retahíla de diez guerreros romanos. Se encontraban en el corazón del bosque con espadas y escudos en mano.

La desesperación y el miedo les hacían sudar, el sudor impregnado a sus rígidos cuerpos, hacía que fuera una segunda piel; la pesada armadura que traían les sofocaba.

Estaban rodeados por una caterva de guerreros pictos sedientos de sangre y hambrientos por su carne.

—Señor, están a pocos metros de nosotros, ¿Qué haremos? —Dijo un legionario al centurión que estaba a cargo de la unidad.

Aquel guerrero temblaba de miedo y no podía mantener sus armas estables.

El capitán de la comanda, se encontraba implacable ante los hechos, una mirada de determinación se dibujaba en su rostro.

— ¡No temáis a la muerte, este es el camino del legionario! ¡Luchad hasta que el cuerpo no aguante más! —exclamó en un último intento por motivar a sus hombres, y sin dirigirles más la palabra. Salió corriendo a atacar a los guerreros podridos.

Los legionarios apaciguaron sus nervios al escuchar las palabras de su centurión. Y Blandieron sus espadas para lanzarse al ataque.

El líder de la comanda conectó un ataque de espada contra la frente de uno de los guerreros pictos, la carne podrida más la fuerza del ataque. Le facilitó al centurión para desenterrar su espada. Golpeó a otro picto con su gran escudo, la fuerza del impacto derrumbó a otros pictos que se encontraban detrás de este. Dio un fuerte cabezazo a un muerto andante que venía por el franco derecho, para luego decapitarlo con su espada.

El grupo de pictos era muy numeroso, se abalanzaban los unos a los otros para alcanzar al líder de la unidad. El cuello del guerrero era inerme a las podridas uñas de los enemigos.

Un muerto alcanzó la yugular del centurión, arrancando un gran pedazo de carne.

La sangre brotaba a cascadas, el valeroso hombre cayó al suelo como hoja de otoño.

Sus compañeros de guerra yacían como indefensas hormigas a la pisada de un hombre. Carne fresca para los pictos, sangre romana que iba a saciar su inanición.

Pero no duró mucho, el centurión se levantó del suelo sin deseos de sentirse vivo. Ya no podía razonar, ni dar órdenes.

Se había convertido en uno de ellos, un muerto andante con hambre de carne humana.

Norte de Britania, año 120 d.C

La legión más valerosa de Roma estaba lista para partir, un ejército de más de seis mil efectivos, sedientos de gloria y honor, se encontraban a las afueras del cuartel general para dirigirse al norte de Britania. El frío del ambiente se pegaba a la piel de los legionarios, la moral alta se reflejaba en el ademán de cada uno de sus hombres, estaba todo listo hasta que observaron la venida de un extraño hombre desde el norte. El hombre galopaba a toda marcha, su caballo pisaba el suelo con la furia de un gigante, aquel hombre se detuvo cuando estaba en frente de la vanguardia de aquella legión. Allí se encontraban los altos mandos de la unidad y también se encontraba el gobernador de Britania; el autor intelectual de esta campaña. Esta región era muy fría y estaba poblada de abundantes árboles y contaba con pocas ciudades.

Arrio Ulpio Celso, general de la novena legión. Un hombre de casi cincuenta años, con el cabello gris y corte, alto y fornido. Acomodado en su fiel corcel sereno, clavó una afilada mirada en aquel extraño hombre, quien tenía cara con un ademán esotérico.

— ¡Décimo, ven aquí! —exclamó Arrio con tono militar, el subordinado

quien estaba firme al frente de la legión, acudió de inmediato al llamado.

—Primer centurión de la legión, Décimo Valerio Dento a sus órdenes —dijo el primer oficial levantado su puño a la altura del pecho. El Centurión estaba de frente a su general, dándole la espalda a aquel extraño hombre que aún no se disponía a hablar.

—Tengo entendido que tenéis conocimiento sobre la lengua britana, necesito que por favor, te comuniquéis con este extranjero —ordenó Arrio y señaló con el dedo índice al extranjero, el cual se mantenía conservador.

—Se hablar fluidamente la lengua, voy a traducir las demandas de este sujeto—. El frío era intenso, una fuerte señal de que el invierno estaba cerca, aquel extraño hombre era un emisario picto; los pictos eran un grupo de pueblos que estaban asentados en el norte de Britania, iban a ser víctimas de las espadas de los legionarios, pero estos no estaban dispuestos a rendirse.

—Saludos emisario picto, el gobernador de Britania; Cneo Furio y mi general Arrio Ulpio Celso, desean escuchar su mensaje —explicó Décimo e indicó con sus manos la ubicación de sus superiores.

El emisario picto sonrió con la boca cerrada, se inclinó en acto de respeto y comenzó a comunicar el mensaje.

—Mi líder el gran Garnik, está abierto a hacer un trato si ustedes abortan esta campaña suicida —comunicó el mensajero, con un tono de voz soprano que hizo temblar a Décimo.

Décimo le dio la espalda al extranjero, para traducir el mensaje y decirlo al gobernador y al general. El gobernador Cneo Furio, escuchó con atención el mensaje, pero no lo supo asimilar con frialdad y se molestó con esa propuesta. La distancia no era mucha y el mensajero notó la

cólera que estaba abrazando al general; ya era muy tarde para negociar.

—Dile a ese mensajero, que le comunique a su líder, que Roma no va a ceder su ataque —espetó Cneo tocando el hombro de Décimo— Arrio, comienza con el despliegue de las tropas, no debes perder ni un segundo menos.

Arrio no dijo nada, seguía observando a aquel guerrero desconocido, observaba con arrogancia los rasgos, tenía la piel de sus manos y rostro cubierta con ceniza, su vestimenta estaba hecha de pieles de animales, y poseía extraños tatuajes en su rostro. Una vez comunicado el mensaje, iniciaría el despliegue de las tropas.

—Lamento informarle que el gobernador no va escuchar las peticiones de vuestro líder, lo siento mucho por usted—.

Los ojos del mensajero se clavaron en el gobernador, lo observó con un odio inmenso, no quiso decir nada, ni siquiera se despidió. Le dio la espalda a Décimo y se marchó en su caballo, lamentaba el hecho de ser el portador de malas noticias a su pueblo.

— ¡Legionarios, Marchad a paso lento! —exclamó Arrio levantado su mano derecha; la señal de avance. No vaciló en esperar más, era un largo viaje y cada cincuenta millas estaba en la misión de construir campamentos, expandiendo el territorio del imperio.

Los seis mil hombres de la unidad, iniciaron con la marcha, un paso constante y sincronizado. El solo sonido de los pasos de aquellos hombres, hacía que las piedras reboten a su alrededor; una campaña ambiciosa para expandir el territorio del imperio. El general Arrio, siempre iba al frente rodeado de su guardia Pretoriana, después de él, iban seis tribunos consejeros de él, que iban montados en sus caballos y escoltados por su guardia personal y después de ellos iban marchando todo su ejército. La caminata fue por largo sendero de tierra que estaba rodeado de árboles.

A cien millas de la legión

Ya era de noche, la lúgubre oscuridad acompañaba al valeroso mensajero, estaba hambriento y el frío había congelado sus labios, su caballo también estaba muy cansado de galopar; debía parar ya. El mensajero picto, se encontraba en la cima de una colina, donde no había rastro de animal alguno para comer, había levantado una fogata con un pedernal y una yesca de hojas secas. La densidad de las llamas era suficiente para apaciguar el frío de los dos individuos, gracias a la iluminación de la fogata, el emisario picto se quedó observar algo raro que tirado en el suelo de la colina.

Lo que parecía ser un lobo, yacía en suelo en estado de descomposición, una rata de monte estaba comiendo de él, el emisario picto desenvainó una daga que tenía oculta en la montura de su caballo, sin pensarlo lanzó la daga como si de una jabalina se tratara. La rata no tuvo posibilidad de escapar y murió al instante. El hambre del mensajero, distorsionaba sus pensamientos y el sentido lógico razonable, no vaciló para comer de aquellos dos animales, no le retiró la piel a la rata y la engulló sin cocinarla a la brasas. La carne cruda de la rata no le pareció desagradable, la sangre de esta cubría la boca del mensajero y esté aún seguía hambriento, no vaciló en tragar de aquel lobo en estado de descomposición, la presencia de las larvas e insectos estaba ahí, pero el emisario no se percató de ellas y comió ello.

Campamento de la legión, tienda de campaña del legado

Mientras que un mensajero hambriento comía animales crudos y en estado de descomposición. Arrio disfrutaba de una exquisita carne asada en su campamento, la carne cocinada a término medio deleitaba al general, en ese mismo comedor, estaban sentados los tribunos. Una gran carpa levantada donde podían dormir más de veinte personas; la tienda de campaña más prestigiosa era la del general. El político Spurio Lunio Prisco, rompió el silencio en aquella cena.

—Los pictos, tienen miedo Arrio, es un buen momento para atacar —dijo el tribuno y bebió un trago de su copa de vino.

Arrio seguía disfrutando su cena, la sangre que brotaba de la carne, inundaba su paladar e hidratada su garganta, no quiso decir ni una sola palabra hasta que terminara su cena.

—Puede que no hayamos elegido el mejor momento para atacar —comentó Arrio secando la sangre que había quedado en su boca con un pañuelo—, el invierno va iniciar en pocos días y tendremos que poner pausa a la campaña, los próximos días nos enfocaremos en construir un gran campamento, y ahí vamos a pasar el invierno.

El tribuno no podía dar crédito a las palabras del general, podía ver el ángulo pero difería bastante. Siempre pensó que Arrio era un incompetente y que no servía como líder.

—Es un craso error detener la campaña, los pictos están temerosos, es de vital importancia darle el golpe final a su yugular sin frenar nuestro avance —sentenció el tribuno dejando su copa de golpe y clavando una mirada desafiante a los ojos del general.

—Hemos logrado avanzar más de cincuenta millas y aún no nos hemos topado con algún enemigo, agradece que hemos expandido cincuenta millas las fronteras del imperio, esto es un gran avance para Roma, el César estará muy agradecido con nosotros —explicó Arrio levantándose de la silla.

No confiaba en aquel tribuno, siempre le pareció indiferente, una rata que vivía en el senado y siempre quería alterar sus decisiones. El tribuno se sentía ignorado por la actitud de Arrio, pero no dijo nada y se marchó de la tienda de campaña.

A cien millas de la legión

Los intensos rayos del sol golpeaban la cara blanca del emisario, luego de devorar los restos de aquellos animales, cayó al suelo inconsciente.

Parpadeando un poco, despertó de golpe. Estaba muy confundido, manchado de sangre por toda su vestimenta y algo debilitado, observó sus manos que también estaban manchadas de sangre con pintas negras. Su caballo dormía a pocos metros de él, la fogata ya estaba apagada; de ella solo brotaba humo. El emisario no recordaba lo que había hecho la noche anterior, pero los restos de un animal que estaba muy cerca de él, le refrescó la memoria, la desesperación y su hambre no le permitió pensar como el campista que era.

Aquel animal amorfo, con todo el lomo devorado con los ojos salidos de sus cuencas y algunos buitres comían de él. El emisario se levantó con dificultad del suelo, caminó hacia la ubicación de su fiel compañero y con un par de patadas, aquel emisario despertó a su caballo.

Desde la cima de la colina, oteó el horizonte, pudo observar un pequeño riachuelo a pocos metros de distancia. Al verse a sí mismo pensó que estaba completamente sucio, tanto en cuerpo como en espíritu. Dejó a un lado sus creencias y maldijo a sus propios dioses, los condenó por los dolores que lo agobiaban y porque en la anterior noche lo habían abandonado. Bajó la colina a pie jalando al animal con despacio y una vez en el riachuelo, se quitó sus prendas para darse un merecido baño. Las frías aguas de aquel río cubrieron la piel blanca del mensajero, con sus manos recogió un poco de agua para lavarse la cara, manchada de sangre seca, retirando las cenizas de su rostro y la pintura de sus ojos. Las aguas cristalinas le hicieron creer que se estaba bañando en la fuente de la juventud, su caballo lo observaba desde lejos mientras que se alimentaba del pasto. El hombre lavó su abundante cabellera que le llegaba a los hombros y satisfecho con su el baño, salió del riachuelo.

La duda y el miedo invadieron la mente del mensajero, observó que en su entrepierna, había manchas moradas de gran extensión. Era muy extraño la aparición de estas manchas, no había tenido en las últimas semanas altercados, ni siquiera había sido golpeado en esa zona, algo no estaba bien. Debajo de sus axilas pudo notar sarpullidos que le comenzaron a generar picazón, pero no le prestó importancia y se colocó aprisa sus prendas de cuero.

El hombre seguía meditando las razones de sus dolencias físicas, pero no hallaba una respuesta lógica sin meter a una posible maldición de los dioses, por haberlos ofendido varias veces en su viaje, montó en su

caballo y alejó del riachuelo galopando.

Vanguardia de la novena

Los legionarios seguían marchando a paso lento por los frondosos bosques de Britania, no tenían prisa, ya que pronto iban a dar pausa a la campaña para construir un campamento y para pasar el invierno. Arrio galopaba en su caballo con la frente en alto, con un ademán serio y sin pensamientos turbios. La actitud de los políticos no alteraba sus puros pensamientos.

— ¡Legado, en este bosque hay suficiente madera para la construcción del campamento, de la orden! —exclamó Spurio, quién se había adelantado en su caballo para informar a Arrio, esta vez, más conservador.

Spurio seguía molesto por la conversación de ayer, pero no podía ceder a las órdenes del general, después de todo, solo era un político que hacía el papel de consejero. Arrio seguía ignorando los consejos de su tribuno y con hipocresía en sus palabras le respondió.

—A penas vea el final del bosque detendré la marcha de la legión, por ahora vuelve a tu lugar —dijo el general sin observar a su tribuno, este le observó con desdén y le dio la espalda.

Pocos metros atrás de Arrio, marchaba Décimo, el primer centurión de la legión con una sonrisa en alto; demostrando que tenía la moral alta gracias a su general.

—Señor, lo he notado muy alegre desde el inicio de la jornada ¿a qué se debe tal júbilo? —preguntó Druso, un legionario de la primera centuria, que estaba marchando detrás de Décimo. Curioso y muy amigable.

— ¡Incauto, estamos en plena marcha, no molestes al primer centurión! —exclamó Livio, un legionario que estaba a su lado. Respetuoso y riguroso

con las normas del ejército.

Antes de que Druso reprochará a Livio, el centurión Décimo levantó la mano derecha; una orden.

—No es necesario que tengáis que discutir, nuestro general Arrio es un gran líder, con el al mando, la victoria será nuestra —comentó Décimo sin voltear a mirar a sus hombres. Druso comprendió las palabras de su superior y no habló más.

Luego de varias horas de marcha, Arrio observó el final del sendero donde el frondoso bosque finalizaba. Habían salido a un hermoso valle rodeado de grandes colinas, un campo abierto lo suficientemente extenso para construir un campamento; incluso una pequeña ciudad. Arrio levantó su mano derecha para ordenar que todo el mundo se detuviera. Spurio el tribuno más irritante de la legión volvió a adelantarse para hablar con el legado.

— ¿Cuál es orden? —inquirió el tribuno clavando una mirada desafiante, Arrio no se inmutó y seguía paciente en su caballo.

—Manda la orden a los centuriones de que cada centuria, que inicien con la tala de árboles, detendremos la marcha hasta acá, aún es temprano —explicó el general— hay un gran campo abierto para levantar el campamento, a penas el sol se ponga, todos deben dejar de talar árboles para levantar las tiendas de campaña, es todo, ve.

El tribuno dio media vuelta con su caballo e informó a los otros cuatro políticos, circular la orden del general a todos los hombres de la legión, estos obedecieron sin quejas. Spurio creía que no era una buena idea estancarse, presentía que algo malo iba a suceder.

A cincuenta millas de la legión

El emisario acababa de vomitar en una roca, se estaba tardando mucho tiempo en entregar el mensaje; esta tardanza preocuparía mucho a su líder. Pero las lesiones le impedían continuar su viaje con celeridad, el dolor en la entrepierna se había intensificado, al igual que el dolor de las axilas. Se encontraba en un sendero en medio de un gran y frondoso bosque. Por aquel camino, solía pasar mercaderes pictos transportando alimentos, este camino conducía a los poblados más importantes de ellos. El hombre yacía en el suelo muy débil por su dolor, decidió levantar su túnica hecha de pieles para observar su entrepierna. Lo que vio alimentó el deseo de seguir vomitando, sus muslos habían desarrollado una asquerosa gangrena repleta de larvas que se alimentaban de los tejidos.

Aquellas manchas de color morado, se habían transformado en un pozo de larvas de mosca que estaban haciendo del hombre su cena, el insoportable dolor hacía que no pudiera ponerse en pie. Estaba cerca de su caballo y pronto iba a oscurecer, debía hacer algo para evitar que la gangrena consumiera más piel. Por suerte traía un morral hecho con pieles de cebra, de la maleta sacó una cantimplora. En esta, había vino tinto con concentración fuerte de alcohol, esto serviría para detener la infección de la gangrena y tomando un gran trago de ella, aplicó todo el contenido de esta en sus dos muslos.

—Ahhhhhh —gritaba desesperadamente el hombre; el líquido ardía demasiado.

Observó el movimiento de las larvas y con sus dedos las extrajo de su piel, la caterva de larvas ya habían consumido bastante tejido y el daño era irreparable. Con dificultad, el mensajero se colocó en pie y para evitar la infección, se colocó un par de pieles que tenía en el morral, cubriendo la gangrena de ambos muslos. Pero aún no era suficiente, cuando fue a orinar a un árbol que tenía cerca, se dio cuenta que la maldición de los dioses lo iba matando lentamente. Estaba orinando sangre, esta era de color negro; sangre podrida. El infortunado mensajero quedó perplejo al observar aquel extraño líquido podrido que estaba orinando, no le prestó mucha atención y fue caminando por su caballo.

Desafortunadamente no podía montar en él porque se haría presión en la gangrena y está le dolería más, lo mejor que pudo hacer es continuar su viaje caminando, sin dejar abandonado a su fiel compañero de viaje. Ya era de noche y el mensajero podía intuir es que estaba cerca de llegar a su aldea. La deshidratación y un dolor de muela lo tenían azotado, pensó que lo mejor era volver a detenerse para tratar el dolor de su muela. Aquel sendero en el bosque parecía que no tuviera fin, se detuvo de golpe para tocar su quijada con la mano derecha. Metió el dedo índice y el pulgar a su boca para tocar la muela afectada, la pudo sentir con sus dos dedos y con un poco de fuerza la jaló. Quedó pasmado al observar su muela de color amarillo, no podía creer que estuviera tan floja, la arrancó con un mínimo de su fuerza. A los pocos segundos escupió toda la sangre que había fluido de su muela, lo suficiente para llenarle la boca, escupió y escupió pero gracias a ello, el dolor se había extinguido y finalmente pudo continuar con su viaje. Pero se desplomó en un árbol.

Un mercader picto que traía consigo un buey, observó al mensajero que estaba en medio desmayado en medio de todo el camino, este corrió a socorrerlo.

— ¡Por Sucellos, estáis demasiado grave, necesitáis un médico! —exclamó el mercader al observar el rostro del mensajero, cubierto de sangre alrededor de sus labios y zarandeando el cuerpo, le despertó.

—Estoy bien, solo necesito un poco de agua, dame —dijo el mensajero señalando la cantimplora del mercader, este la traía colgada.

—Hombre, estas a pocos minutos de la aldea, ve a ver a médico druida, tenéis ambos ojos de color amarillento, incluso el iris, tus labios están inflamados —describió el mercader observándolo con asco y le pasó la cantimplora al mensajero— tienes suerte, es un poco de vino blanco.

El emisario bebió un gran sorbo del mencionado líquido, a pocos centímetros el comerciante logro observar que las uñas del hombre estaban a punto de caer, el mensajero se la regresó y este instintivamente bebió un poco sin meditar el traspaso de una posible

plaga.

—Gracias, en seguida continuaré con el viaje —dijo el mensajero intentando levantarse.

—Que los dioses te protejan, iré hacia el sur en busca de oro. —el mercader se levantó del suelo y se marchó con el buey.

Al cabo de unos minutos, el mensajero se reincorporó para continuar con su viaje, luego de caminar un par de millas con su corcel y terminar aquello sendero. Logró observar las miles de chozas que conformaban su aldea, el sendero del bosque había terminado y su aldea estaba cruzando un valle. Para su sorpresa, todos los habitantes del pueblo estaban reunidos en aquel valle, donde estaba su líder hablando para todos donde unas antorchas iluminaban el lugar. Logró reconocer a dos sacerdote druidas que lo acompañaban, en esta lúgubre noche se hacían sacrificios para los dioses; dioses que había maldecido en muchas ocasiones.

Campamento de la legión

Arrio se encontraba a las afueras de su tienda de campaña, sin su guardia Pretoriana, observando un largo sendero. Aquel camino, que estaba en medio del bosque, era angosto y cuidadosamente decorado. La decoración se trataba de pequeñas piedras, muy bien acomodadas; esto era un indicio que los campamentos pictos estaban cerca. Dentro de poco iba a amanecer y acompañado de la luz de la luna, Arrio caminaba por aquel sendero; sin armas y armadura. Miraba hacia suelo la colocación de aquellas piedras, pensó que era algo parecido a las carreteras romanas. Meditó que durante el largo viaje que había hecho con la legión, aún no había rastros de resistencia o de alguna escaramuza del enemigo.

De repente, a su espalda escuchó el galope de un caballo. Inmediatamente se giró para ver quién están allí; era Décimo.

—General Arrio, me temo que no puedo dejarlo en soledad —dijo el centurión clavando una fuerte mirada en su superior.

El hombre esbozo una sonrisa y río un poco al escuchar a Décimo, como si de un niño se tratara, sentía que sus hombres lo estaban subestimando.

—Décimo, ya no soy un niño pequeño. Puedo defenderme solo, es más, siento que me estás privando de mi libertad —comentó Arrio observando con desdén al centurión—, mírate, tenéis puesta vuestra armadura, como si de una batalla se tratara. Ya va amanecer, vuelve a tienda de campaña.

Aquel soldado se acercó lentamente a su superior, solo para llevarle la contraria.

—Es mejor que vuelva al campamento usted, necesita descansar —dijo el joven centurión con serenidad.

—No me des órdenes, aquí el subordinado eres tú.

—Señor, es solo un consejo, no sabemos lo que hay en este sombrío bosque. El enemigo puede aparecer de las sombras y como un cobarde, puede matarle —aconsejó Décimo, bajando del caballo.

—Deberéis tener un poco de consideración, ustedes los soldados y el senado me tienen...

De repente, se escuchó el sonido de unas ruedas al norte del sendero. Un hombre con buey se acercaba a los legionarios sin intención de detenerse.

—Es raro ver a un hombre trabajando a tan altas horas de la noche
—comentó Décimo desenvainando su espada.

—No confíes de aquel hombre Décimo, puede ser peligroso —inculcó Arrio.

Aquel hombre de barba, algo larga y descuidada, estaba cada vez más cerca de los dos. La luz de luna era intensa y radiante, iluminaba lo suficiente aquel bosque. Décimo observó que algo no andaba bien con aquel hombre, su barba estaba impregnada con un líquido viscoso de color amarillento, caminaba de manera torpe y sin coordinación. Es posible que la plaga del emisario le haya infectado y esta hubiera actuado de manera veloz.

— ¡Alto hay, detened la carroza! —exclamó Décimo con la espada esgrimida.

Aquél hombre se detuvo a pocos metros del centurión, de repente inició con una constante tos, era raro para él; no estaba resfriado. La tos seca espantó a algunos pájaros que descansaban en los árboles. El pecho le dolía demasiado, el corazón se le aceleraba y la tos no le cesaba. Pensó que una maldición le asechaba.

—Le sugiero que dé la vuelta y regrese con su gente, el frío de invierno le está afectado demasiado —inquirió Décimo algo preocupado por el hombre.

De repente la tos lo dejó descansar, pero a última instancia, había escupido sangre. La desesperación y la incertidumbre abrazó a aquel hombre, inerte al azote de la enfermedad que carcomía su ser.

Levantándose con dificultad, dirigió una mirada al legionario.

—Algo extraño sucede conmigo, los dioses han drenado su cólera en mi
—dijo el hombre en su lengua natal; el britano.

Por suerte Décimo entendía muy bien ese idioma. Era bastante claro que aquel hombre no estaba bien y necesitaba atención médica.

— ¡Décimo!, ¿Qué ha dicho? —interrogó Arrio, qué estaba cerca al caballo del legionario.

—No ha dicho nada importante, solo esta reafirmado su deplorable estado de salud —explicó él, sin darle la espalda al hombre—. Debes regresar con tu gente, en nombre del César, no puedes invadir nuestro campamento.

—No...No...No puedo, está muy lejos, ayudadme —espetó el hombre algo desesperado; el dolor lo estaba agobiando.

—No eres de fiar, no tenemos permitido ayudar a extranjeros —reiteró Décimo quien no podía observar a los ojos al hombre, le estaba dando asco el mercader.

Aquel sujeto tenía los ojos amarillos, incluso su iris había perdido su color natural. Era peligroso tener un hombre en esas condiciones, había pensado Décimo.

— ¡Ayúdame!... ¡Ayúdame!... ¡Ayúdame! —Clamaba el hombre y se acercó estrepitosamente al legionario.

— ¡Décimo, aniquila a este hombre, sus dioses le han maldecido sin piedad, dale muerte antes de que te impregne de su maldición!
—Sentenció Arrio al ver el posible ataque del extraño sujeto.

El primer centurión asintió y no tuvo piedad para clavar su espada en el pecho de aquel incauto, con tal fuerza, que traspasó su cuerpo. El hombre no pudo escupir sus últimas palabras, la espada le había destrozado el corazón, podía sentir el metal frío de aquella hoja. Colocando su pie derecho en el estómago de aquel mercader, retiró su espada manchada de la viscosa sangre. El hombre cayó al suelo sin signos de vida; una basura menos en el mundo había pensado el legionario.

Décimo dio media vuelta y regresó donde estaba su general observando que la sangre aún escurría de su espada, liquido infectado con la maldición de los dioses.

—La imprudencia de ese condenado, le ha costado la existencia —dijo Décimo levantado su puño al pecho.

—Habéis hecho un excelente trabajo, volvamos al campamento, en unas horas haremos un levantamiento del cadáver, por ahora limpia esa espada —ordenó Arrio con tono militar.

De repente, Arrio logró observar como aquel cadáver se ponía milagrosamente en pie. Cada vez era más lento y emitía gemidos como si fuera una criatura monstruosa del Erebo.

—Pasadme esa espada, hazte un lado y no digas nada —dijo Arrio a la cara de Décimo, este estaba a menos de un pie de distancia de él.

El centurión sin vacilar le entregó la espada, estaba convencido de que su general era un guerrero invencible. Arrio empuñó la hoja con la fortaleza de un héroe, el subordinado se hizo a un lado, controlando al caballo que había perdido la calma al percibir la oscura presencia del hombre muerto.

Arrio observó a su objetivo, un pálido hombre que caminaba lentamente. Un gordo y barbado individuo que tenía ganas de comer carne humana, donde carecía su sentido de razón.

El muerto viviente se acercó con gran velocidad a Arrio, este se mantenía conservador y prudente; ya que no tenía su escudo. El general observó con frialdad los movimientos de su oponente, venía corriendo rápido, con guardia nula y carecía de estrategia alguna; un objetivo fácil para él. Con dos manos empuñando su espada, dio el primer ataque a su inerme oponente; le clavó su espada en el estómago.

— ¡Señor, no se confíe, aún sigue con vida! —exclamó Décimo quien estaba observando a pocos pies de la escena.

El muerto viviente del extinto picto, movía constantemente sus brazos tratando de alcanzar la cara de Arrio. Este desenterró la espada de la criatura y de arriba a abajo, desmembró uno de los brazos del sujeto. No había signos de dolor de parte del muerto, milagrosamente seguía caminando como si no hubiera sucedido nada. La sangre caía a chorros del brazo, los gemidos que emitía aterrorizaban al caballo y al mismísimo Décimo, Arrio se alejó un poco para mantener medido a su oponente.

—General, es mejor que le corté la cabeza —aconsejó Décimo tratando de controlar al caballo.

—No me digas cómo luchar, he estado en Partía y he visto cosas peores —reprochó Arrio clavando una mirada fría al subordinado.

El legado se colocó a la ofensiva, corriendo hacia el muerto, esta vez dio un golpe certero de espada en la cabeza de él, le clavó su fina hoja en la frente; suficiente para extinguir la existencia de esa materia orgánica en descomposición. Arrio notó cuando el cadáver andante, dejó de moverse. Con una mínima fuerza le desenterró la espada y vio como el cadáver se derrumbaba en el suelo.

—Décimo, nos quedaremos a acampar el invierno aquí, luego que pasen los tres meses, seguiremos con la campaña —dijo Arrio sin mirarlo a los ojos. Acto seguido, con lentos movimientos, enterró la espada en los restos del hombre.

—La espada está manchada con la sangre maldita de los dioses, no os recomiendo que la recoja. Presiento que nos espera un duro recorrido.

Ceremonia sacerdotal de los pictos

Una gran población de pictos, fanáticos religiosos en su mayoría, se hallaban reunidos en un gran campo a las afueras de su asentamiento. Libre de árboles y una zona completamente rural. El líder hacía ceremonias cada fin de mes, con el objetivo de purificar las almas de sus habitantes. Miles de ojos estaban concentrados en los cuatro hombres que estaban de pie en una tarima, hecha con madera de roble. Dos de ellos eran sacerdotes druidas, el otro era el líder y finalmente y el que acaparaba todas las miradas, era el mensajero picto que provenía del sur con la respuesta del gobernador. Los habitantes y el líder lo miraban con repudio, su estado era cada vez más deplorable, las gangrenas de su cuerpo estaban carcomiendo todo su tejido capilar, ojos y labios deformados, uñas podridas, larvas comiendo de su carne y un olor a podredumbre que se percibía a pies de distancia.

— ¿Has dicho que los romanos no están dispuestos a negociar?

—interrogó Garnik. El líder de los pictos caminando en círculos y mirando hacia el suelo de la tarima.

—Si... Señor —respondió el mensajero que estaba de rodillas en el suelo de la tarima y estaba escupiendo sangre.

—La perdición caerá en los romanos, lo sé —dijo el líder— la ira del dios Belenus nos protegerá y va a destruir a esa legión de desgraciados, has

cumplido con tu misión Perth.

El mensajero estaba cada vez más debilitado por sus gangrenas, pronto iba a partir al reino de Tiranius para cumplir otra misión.

Todos los ojos de su tribu estaban puestos en él, había caído al suelo en el charco de sangre que había hecho el mismo. Ya le costaba mucho respirar, tenía su cara de medio lado postrada en el suelo sangriento. Las larvas se arrastraban en su piel; ya no podía mover sus manos para retirarlas.

—Los dioses te han maldecido Perth, lo mejor es que te dé un honorable final —comentó Garnik al oído de este—. Lugh, pasadme una espada, acabaré con la agonía de este hombre.

Perth podía observar a algunas personas que lo miraban con lástima. Saborear su propia sangre y estar acostado en el suelo, no era la mejor de las experiencias, ya había perdido el sentido del oído y no logró escuchar las palabras de su líder. El sacerdote druida, Lugh, le alcanzó a su líder una hoja, esta de era de plata y reluciente. Garnik la levantó a lo alto, todos los habitantes de su pueblo estaban presenciando el honorable final para el mensajero. Faltaba poco para amanecer y la sangre de un hombre se robó la atención divina del líder. Sin piedad alguna, enterró la espada en cuello de su emisario.

—Ha muerto con honor.

Garnik frotó sus dedos con en una olla de barro con ceniza que estaba puesta en el altar; cenizas de aquellos guerreros caídos en batalla. Se agachó nuevamente y con sus dedos índices y corazón tocó la frente de Perth. Los gritos de la muchedumbre se hicieron notar cuando inexplicablemente, el mensajero le arrancó de un mordisco los dedos de Garnik, se había levantado del suelo de golpe y comenzó a devorar la carne de su líder, mordiendo su yugular y arrancando un pedazo de ella. Lo que al principio parecía ser una ceremonia mensual, se convirtió en un mar de sangre y de vísceras. Los guardias pictos, observaban la masacre de su líder en la parte baja de la tarima y los nervios le impedían salvar a su líder; nunca habían visto a un caníbal tan salvaje, esto pensaba uno de

ellos. El mensajero dejó en agonía a un Garnik, que clamaba a gritos la presencia de sus guardias. Perth decidió atacar a los dos sacerdotes druidas que escupían oraciones para detener al salvaje, pero éstas no surtieron efecto y en vez de pararlo, alimentaron más su deseo de carne humana. Los sacerdotes druidas cayeron devorados por el emisario, no le costó mucho acabarlos. A los pocos instantes Garnik se levantó del suelo y se lanzó contra la multitud para devorarlos.

Un guardia picto que estaba entre la multitud, sacó un hacha para atacar a su antiguo líder. Garnik estaba devorando el rostro de un niño, usando sus deformados y podridos dientes mordía los labios del niño, con la ayuda de sus colmillos le arrancó parte de la nariz. El pobre infante gritaba a causa del martirio y clamaba por su madre.

— ¡Maldito, deja a mi hijo en paz! —exclamó el soldado y le clavó el hacha en la espalda baja al líder.

El cadáver viviente del mandatario picto, dejó de machacar el rostro de aquel niño para darse la vuelta y morder al sujeto en el cuello. Los habitantes pictos corrían como animales desesperados, la plaga se estaba esparciendo con gran velocidad; nadie estaba seguro.

— ¡Ahhhhh! ¡Ahhhh! —gritaba el soldado que tuvo la osadía de atacar a su antiguo líder, este le estaba cercenado el miembro con sus dientes. La maldición de los dioses celtas estaba sembrado el terror en Caledonia, una desgracia jamás vista en la historia.

2-La huida

Caledonia, actual Escocia

Inicios de primavera del año 121 d.C

Valerosos guerreros de mil batallas, marchaban a paso ligero hacia una nueva pelea. Un combate que expandirá el imperio a niveles jamás vistos, pisando territorio que nunca había sido explorado por un romano. La caminata de la legio IX de Hispania por un interminable sendero en medio del bosque, un camino fabricado con rocas de color perla. Más de seis mil hombres con la frente en el alto y con sed de gloria, marchaban con la moral demasiado alta.

—Señor Arrio, desde lejos puedo notar un grupo de pictos que se acercan a gran velocidad; vienen corriendo —dijo un pretoriano que estaba oteando hacia el final del sendero y se mantenía sentado en su caballo.

— ¿Cuántos creéis que son? —interrogó Arrio observando al pretoriano, al mismo tiempo reducía el paso de su caballo.

—No más de 200, pero...

Arrio pensó en una estrategia rápida, pero la duda que tenía su fiel guarda le incomodaba, no le gustaba la inseguridad en sus hombres.

— ¿Ibas a decir algo?

—Logré acercarme un poco hace unos minutos y todos vienen manchados de sangre, presentan un estado de composición severo, en pocas palabras; son muertos andantes -explicó el pretoriano.

Arrio notó que las manos le temblaban a su guarda, en sus ojos podía ver su miedo. Algo que le parecía extraño, ya que sus hombres nunca habían sido vencidos en batalla y un rival menor como los pictos no tenía posibilidad contra ellos. Pero en su mente diseñó una estrategia perfecta.

—Decidle a la Décimo, que esté listo para luchar. La primera cohorte de la legión acabará con ese grupo de rebeldes, ve —ordenó el general con tono

militar.

El pretoriano se colocó su puño al pecho y asintió. Le dio la espalda su general para galopar hacia la dirección de Décimo que estaba a pocos metros. El primer centurión marchaba esbozando una firme sonrisa.

—Por órdenes del general, la primera cohorte luchará contra el grupo de pictos que se acerca, suerte —comunicó el pretoriano al primus pilus.

Décimo se llevó la mano al pecho y esperó la señal de Arrio. El general seguía cabalgando a paso lento y no tenía aún la intención de dar órdenes, seguía con un interrogante grabado a fuego en su mente. De repente, levantó su mano derecha y con mucha sincronización, todos en la legión se detuvieron. Décimo caminó un par de pasos al frente y dio media vuelta para que todos en su unidad lo observarán con claridad.

—Camaradas de Roma, se acerca un pequeño batallón de pictos en busca de vuestra carne, tendréis que luchar con el corazón. Esta será nuestra primera batalla en campos de Calcedonia, no os podéis perder. Nuestra legión ha luchado en los campos de Partía y en la Dacia, bajo el nombre del gran Imperator Trajano -dijo Décimo en un discurso de motivación, desenvainó su espada y la levantó en lo alto-. Es una hermosa mañana de primavera, hoy vamos a triunfar. Estos renegados del Hades, han sido maldecidos y abandonados por sus propios dioses, convirtiéndolos en criaturas en atado de descomposición y carentes de razón. Os debéis atacad a sus cabezas, clavad sus hojas en ellas. No podemos perder ante un pueblo primitivo y vulgar. A luchar.

Décimo y todos los legionarios de la primera cohorte, avanzaron a paso rápido por entre la guardia Pretoriana y su general. Con sus escudos a la altura del pecho, su indumentaria bien colocada y sus lanzas en mano. Estaban listos y motivados para la batalla, a menos de un estadio de distancia de aquellos pictos.

— ¡Alistad vuestras pilas! —ordenó Décimo levantando su jabalina por

encima del hombro. Los legionarios obedecieron a su superior.

En cada columna a lo largo del sendero habían veinte legionarios, organizados en cuatro filas, para un total de ochenta; la cantidad de hombres de una centuria. Detrás de ellos estaban acomodados las siguientes diez centurias, para un total de 800 hombres en la cohorte.

La primera y la segunda centuria alzaron sus lanzas, ya que estos eran los que estaban más cerca de los pictos. Las centurias de más atrás no hicieron lo mismo ya que si lanzaban sus pilas, posiblemente alcanzarían a sus propios compañeros.

— ¡Lanzad vuestras pilas! —aulló Décimo quien hizo el lanzamiento de su jabalina con mucha fuerza. Su lanza atravesó la cabeza de una mujer picto que no era consciente de aquella lanza; una muerte instantánea.

Las demás jabalinas impactaron a muchos zombis, pero no el cabeza. Algunos seguían corriendo con las lanzas clavadas en su pecho, brazos, piernas e incluso en el estómago.

— ¡Mantened la falange, escudos en alto, atacad por pequeños espacios! —ordenó Décimo con todas las fuerzas de su ser.

Los romanos se detuvieron con sus escudos en alto, todos amontonados en filas como si fuera una multitud encerrada en un pequeño cuarto. El casco le apretaba un poco a Décimo, pero podía ver con claridad a los pictos. Ninguno de ellos tenía armas, solo eran materia orgánica en descomposición andante y muchos de ellos eran mujeres y niños. Pero ya no eran humanos, eran muertos con capacidades motoras, eso pensó Décimo sin introducir un pensamiento de compasión para ellos.

Los muertos pictos chocaron con fuerza contra los escudos de los romanos. Usaron sus brazos para intentar rasgar los cuerpos de los soldados, pero no los lograron alcanzar. Los cadáveres estaban mordiendo

con desesperación los escudos de metal de los romanos, pero todo era inútil.

— ¡Atacad a la cabeza!

Décimo atacaba directamente al cráneo, enterraba su espada a través de los ojos y boca. Livio y Druso hacían lo mismo. Livio pensaba que la carente estrategia de los muertos les estaba costando. La primera columna de veinte legionarios donde estaba Décimo, resistía el constante ataque de los muertos, mientras tanto el resto de soldados de la cohorte, resistía el empuje de los muertos que hacía retroceder a los primeros hombres de la cohorte. Luchar era difícil en aquel sendero, ya que era muy angosto y por los francos había rampas de tierra que conducían al bosque. El primus pilus analizó esas particularidades del campo de batalla y decidió emplear una nueva estrategia.

— ¡Centuria cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez! ¡Atacad a los francos, los pictos no poseen armas defensivas! —Ordenó Décimo, dando un grito con fuerza y se quejó porque la garganta le dolía un poco.

Los centuriones de las seis centurias, que estaban en la retaguardia sin hacer nada, salieron a la batalla. Tres cohortes por el franco izquierdo y tres por el derecho. Los hombres con espadas en mano salieron a la batalla, escalando los tumultos de tierra que rodeaban el sendero, luego correr por entre los árboles y finalmente bajar por los tumultos de tierra para atacar por los francos a los muertos. Que solo contaban con sus manos y dientes para defenderse. Durante el ataque demostraron su superioridad inquebrantable contra ese grupo de maldecidos pictos. La victoria fue inminente, en menos de dos horas la cohorte había derrotado a la horda de muertos pictos; por suerte, los romanos no sufrieron ni una baja.

— ¡Hemos vencido! —Gritó al cielo Décimo levantado su espada.

Los ochocientos hombres de la cohorte celebraron la victoria saliendo ilesos. Arrio y el resto de la legión se alegraron de la hazaña que estaban

a pocos metros observando la batalla. El general cabalgó hacia donde estaba Décimo y su cohorte con la intención de felicitarlo.

—Excelente trabajo primer centurión —dijo Arrio con una sonrisa de orgullo.

—Gracias, general. Ha sido un honor ganar nuestra primera batalla —respondió el colocando su puño al pecho.

—Por ahora no vamos a continuar, ordenad a tus hombres levantar el campamento, yo me encargo del resto de la legión —indicó el general señalando a los hombres de su subordinado.

—Será un trabajo difícil levantar un campamento en un camino tan estrecho, pero no voy refutar las órdenes de mi general —añadió Décimo y se inclinó en señal de respeto.

Y así fue. Gracias a la destreza y disciplina de los romanos, lograron levantar el campamento en menos de una hora. Aquel sendero estaba repleto con tiendas de campaña romanas y muchos legionarios estaban haciendo turno de vigilancia a las afueras de estas. Algunos soldados jugaban a los dados en sus tiendas, otros solo discutían y unos pocos simplemente dormían. Todos se encontraban felices por la victoria.

Al caer la noche, una vez más se reunió Décimo, Arrio y los tribunos en la tienda de campaña del general, para hablar asuntos de guerra mientras disfrutaban de un banquete. La iluminación no era problema, las lámparas de aceite era el invento más innovador del momento.

—Hay una duda que tengo presente que me ha estado estresando todo el día —dijo Spurio y bebió un sorbo de su copa de vino, este no quería demostrar su alegría en frente de Arrio.

—Adelante tribuno, puedes decirla —objetó el general levantado su brazo y acomodándose en su silla.

—No es necesario que escondáis vuestras dudas —añadió Décimo que estaba cruzado de brazos en la mesa.

—El día de hoy he oído las constantes dudas de la apariencia de los pictos y por qué no llevaban armas —comentó el político colocando sus dedos en la boca y dubitativo sus palabras.

—Es posible que Caledonia haya sido maldecida por la ira de los dioses, y el resultado fue este —explicó Décimo mirando a Spurio.

—He hablado con el médico de la legión y es más probable que hayan sido infectados por una plaga, creada por sus dioses —añadió Arrio dando una explicación más razonable.

—En fin, ¿Cuántos poblados tenemos que atacar para anexionar Caledonia al imperio? —preguntó Spurio mirando a Arrio y descartando de su mente aquellas dudas.

—Son cinco tribus, mañana arribaremos a la primera —respondió Décimo, molestando al político que esperaba respuesta de Arrio.

—El primer centurión tiene razón, no se moleste, mañana será un día de gloria.

—Deberías enseñarle un poco de respeto a tu primer oficial —reprochó

Spurio, se levantó de su silla y se marchó.

Los dos hombres rieron a carcajadas solos en la tienda de campaña. Décimo le pensaba que ese político era inútil e irritante y que lo mejor era que estuviera lejos del legado.

A la mañana del segundo día de primavera, los romanos ya habían recogido sus tiendas de campaña. En total, la legión era de seis mil hombres, pero no todos eran guerreros. Habían unos mil que caminaban al final del ejército, entre ellos habían: cocineros, ingenieros, arquitectos, historiadores, algunos filósofos y músicos. Personal muy importante para una legión de Roma y para futuras ciudades.

Arrio galopaba muy optimista, con una sonrisa de oreja a oreja, pronto el sendero iba llegar a su fin y al terminar se encontrarían con la primera tribu. De repente un extraño hombre veía corriendo a través de los árboles desde el este; franco izquierdo de la legión y tropezó con una rama de un árbol, como consecuencia rodó por el tumulto de tierra pendiente abajo y fue a dar con la segunda cohorte. Un habitante picto con prendas de cuero sin cuidar, con múltiples tatuajes en su rostro y un miedo en sus ojos que hizo detener a la legión. Arrio volteó a mirar para observar lo que estaba pasando, aquél picto estaba sentado en suelo sin decir nada, todos los legionarios lo observaban con duda. Arrio cabalgó unos pocos pies atrás para buscar a Décimo y hablar con él.

—Primer centurión, ve y habla con ese picto, no creo que sea mensajero, ve a escucharlo —ordenó Arrio inclinado su cabeza para que su subordinado pudiera oírlo.

Décimo no dijo nada, solo asintió y luego se dirigió caminado por la pendiente de tierra para hablar con el picto. Los legionarios y demás centuriones observaban con detenimiento la conversación entre Décimo y él.

— ¿Por qué corres habitante picto? —preguntó Décimo en un fluido

britano y se agachó para ver mejor al hombre.

—Muerte... Muerte... Muere —respondió el hombre muy tembloroso.

—Explícate, si no lo haces, vas a caer prisionero —amenazó Décimo clavando una afilada mirada.

—Corred... Corred... —dijo el picto con un tono de voz soprano que estremeció a Décimo.

El primer centurión se levantó de suelo y se dirigió a contarle lo que había dicho el picto. No tenía fin seguir hablando con él, el miedo y pavor arropaban la conciencia de aquel lacayo.

—Señor, dice que tenemos que correr —informó el centurión siendo conciso.

—Pero.... ¿De qué?

De repente, una gran horda de muertos pictos apareció por el este. La misma dirección por donde venía el lacayo picto, eran demasiados. Niños, niñas, mujeres y hombres de todas las edades y tamaños, una caterva de seres orgánicos en descomposición se acercaba a la legión completa.

Los ojos de Arrio quedaron muy abiertos al ver la cantidad de muertos que había, todos bajaban abrumados en busca de la carne de los romanos. El general del ejército no pudo reaccionar, el miedo por primera vez lo atormentaba en su vida, la guarda Pretoriana de quince hombres, rodeo en un círculo a Décimo y al general.

Instintivamente todos los legionarios acumulados en aquel pequeño sendero, se giraron para evitar el ataque de los muertos que venían bajando por la pendiente; una columna entera de 500 hombres dividida en 20 filas. La estrategia de los romanos fue la misma, mantener la falange mientras que atacaban a los zombis con sus espadas; pero esta vez no funcionó. Algunos muertos vivientes saltaban desde lo alto de la pendiente para caer encima de la cabeza de algún legionario; esta vez la nueva estrategia de los zombis funcionó. Varios muertos a lo largo y ancho de la legión alcanzaron las cabezas de los legionarios, atacaban al cuello y hacían que estos se desangraran pero aquellos zombis no habían durado mucho tiempo con vida. Idiotamente eran masacrados por los legionarios que estaban alrededor, pero los daños fueron colaterales, muchos romanos que eran víctimas de las mordidas de los pictos, eran consumidos por la maldición y atacaban a los suyos. Luchar en aquel angosto sendero fue la perdición, los soldados no lograban levantar sus escudos para evitar el ataque de los muertos por el aire, bastantes centuriones y unidades de la legión ya habían muerto y habían resucitado a causa de la plaga. Era difícil reconocer a un muerto viviente romano, ya que la armadura cubría su aspecto, muchos soldados eran mordidos a las espaldas sin darse cuenta y luchar. Poco a poco la legión de los seis mil estaba sucumbiendo.

— ¡Señor, esto es una masacre! —exclamó Décimo con lágrimas en los ojos mientras que observaba la batalla.

Arrio no dijo nada, veía como estaban siendo devorados cada uno de sus legionarios, las piedras blancas del sendero se tornaron rojas, manchadas con la sangre de sus hombres. Los minutos pasaban y la legión más valerosa y gloriosa de Roma se estaba extinguiendo, Arrio quedó en estado de shock y no se atrevía a escupir alguna palabra. Miraba a sus propios hombres convertidos en aquellas criaturas sedientas de carne, seres sin capacidad alguna de razonar, muertos vivientes con la armadura de la sagrada Roma.

Los pretorianos resistían con éxito el ataque de los muertos pictos, protegiendo con su vida a su general, pero la mala suerte les tocó. Los muertos mordían los caballos donde estos estaban montados y los animales caían al suelo, abrumados por el dolor y sus jinetes fueron un

blanco fácil para los muertos pictos.

— ¡Señor! ¡Señor! Nos han alcanzado —Gritaba desesperado Décimo quien desenvainó su espada y levantó su escudo.

El general se bajó de su caballo para ayudar a su subordinado, aunque no tenía escudo, se enfrentó con rigor contra los pocos muertos que los atacaban.

—Decimó, si queremos salvarnos, debemos correr —dijo Arrio mirando a su centurión; ya habían matado a los pocos zombis que los estaban rodeando, algunos eran de la guardia Pretoriana.

El primer oficial solo asintió.

— ¡Hermanos de Roma, corred hacia el norte, hacia el final de este maldito sendero! —Aulló Arrio con todas las fuerzas de su ser.

Algunos cientos de romanos lo alcanzaron a escuchar, los pocos que estaban vivos luchaban en formación en cuadro, pero estaban rodeados. Las hordas de zombis pictos y de los mismos romanos rodearon a los pocos que resistían en los cuadrados.

—Formad testudo compañeros, debemos correr —ordenó un centurión que estaba luchando en el centro de la legión, rodeado por todos los bandos.

El testudo, la clásica formación con forma de tortuga usada para defenderse de constantes ataques de flechas, esta vez fue usada para escapar de muertos. La perfecta sincronización de los escudos rodeo, el frente, la retaguardia y los francos. Aquellos guerreros corrían con mucho

rigor, evadiendo los ataques de los muertos pictos y romanos.

—Empujad fuerte, falta poco para salir de este mar de muertos —animó el centurión que estaba sofocado por el poco aire que entraba por pequeños agujeros que quedaban entre los escudos.

Arrio y Décimo corrían exasperados por el sendero, algunos zombis los perseguían, pero no eran tan rápidos, les llevaban una considerable ventaja.

El tribuno Spurio era el único político sobreviviente a la masacre, cabalgaba desesperado con el águila de la legión en sus manos; el símbolo de honor de Roma. Hecha de una jabalina de oro y en la punta había un águila maciza perfectamente tallada en oro. El político fue astuto al esconderse detrás de los árboles mientras todos luchaban, por suerte no había sido visto y cabalgaba tratando de alcanzar a Arrio y a Décimo.

Los dos legionarios habían alcanzado el final del sendero y quedaron atónitos al observar lo que había al final.

—Es una mar de muertos —dijo Décimo observando el panorama.

—Por suerte si están bien muertos —comentó el general oteando el horizonte.

En el medio de una gran zona verde había una tarima de madera y en los alrededores de ella, cientos de personas muertas con un estado avanzado de descomposición, el olor era insoportable y toda clase de bichos y plagas estaban presentes allí alimentándose.

—Detrás de este mar de muertos están las chozas donde vivían esos malditos —dijo Arrio señalando las casas de paja y algunas hechas de madera que se veían al final del horizonte— son de aspecto primitivo,

pero nos podremos ocultar ahí, vamos.

Los dos pasaron entre los muertos, pisando cabezas y extremidades y después de caminar unos metros, estaban en la pequeña ciudad de los pictos, una ciudad campesina muy pobre, carente de palacios y de cuarteles. Sólo casas de paja y de madera. Las calles eran de roca y por suerte no había rastros de muertos vivos.

—Ahí puede ser —indicó Arrio señalando una casa de madera de un piso.

— ¡Esperad! —Aulló Spurio quién se acercaba en su caballo— traigo el águila conmigo, podemos esperar sobrevivientes.

—Me alegro que hayas sobrevivido y tengáis el águila —dijo Arrio intentando abrir la puerta de aquella casa de madera. Aunque no sintió mucha alegría al ver a Spurio, sabía que le iba a culpar por la desastrosa batalla.

Algunos soldados romanos que venían marchando en formación testudo, ya casi alcanzaban a Décimo y a los demás. Corrían abrumados por las calles y aceras del pueblo picto, por suerte, solo los perseguían unos pocos muertos, podían contarse con los dedos de la mano.

— ¡Romped formación! —ordenó el centurión del pequeño grupo. Ya estaban cara a cara con los altos mandos de la legión.

—Valeroso centurión que habéis traído con vida a estos soldados, ¿cuál es tu nombre? —preguntó el general con entusiasmo en sus palabras. Décimo se hacía desconocido aquel centurión, tal vez era uno nuevo en la unidad.

—Numerio Atio Borma, sexta cohorte, primera centuria —respondió el hombre colocando su puño al pecho— aún no hay tiempo para hablar, un puñado de muertos de los nuestros se acerca.

Los cinco soldados que habían sobrevivido, se colocaron con sus escudos en alto en posición defensiva, ellos estaban de frente esperaban el ataque del puñado de muertos.

—Los cuatro muertos que se acercan son romanos —dijo Vibio, un legionario que no esperaba con su espada esgrimida. Un novato con pocas batallas.

—Uno de ellos es un centurión de nuestra cohorte —añadió Quinto, un compañero de este. Un veterano soldado que no logró tener un ascenso.

—No tengáis piedad, están muertos. No pensé que esa maldición nos afectaría a nosotros —ordenó Numerio interrumpiendo las palabras de sus compañeros—, preparaos para embestirlos con vuestros escudos, atacad sus cabezas.

Así fue. Los muertos romanos se acercaron con suma torpeza a los guerreros de antaño. Estos con sus escudos, golpearon a los que una vez, fueron sus compañeros. La fuerza de los cinco hombres derribó a aquel puñado de romanos, cayendo al suelo y siendo aniquilados por el grupo de cinco. Clavando sus espadas en todo el centro de la cara, era algo complicado ya que los guerreros romanos traían puestos sus cascos. La espada no podía atravesar el metal, por eso recurrieron a enterrar sus espadas en toda su nariz.

—Druso, Livio. Por Júpiter, me alegro mucho que hayan sobrevivido —comentó Décimo tocando el hombre de Livio, este acababa de sacar su espada del rostro del muerto.

—Esto ha sido una masacre señor, será mejor ponernos a salvo en esa casa de madera —aconsejó Livio y señaló la casa donde estaba esperando Arrio.

Los ocho legionarios que habían en total se colocaron de frente a la puerta. Numerio la abrió con mucha cautela; por suerte no estaba asegurada con algún candado. En el Interior de aquella casa no se podía ver nada a simple vista, una oscuridad cubría todos los rincones de esa casa, carecía de ventanas y los pocos rayos del sol no entraban a través del tejado.

—Tengo un par de lámparas de aceite, podemos iluminar esta vieja casa con ellas —añadió Spurio quién estaba al final del pelotón, con el águila en mano.

—Podéis traerlas, los legionarios entrarán con ellas y podrán hacer un chequeo a la propiedad —ordenó Arrio.

Spurio se acercó a su caballo que lo había dejado atado cerca a la vieja casa. Él animal traía atado en su montura un morral de pieles, de él, sacó un pedernal y una yesca de hojas secas y al tiempo sacó las dos lámparas de aceite. Con el pedernal y la yesca las encendió y se las alcanzó al centurión.

—La luz de la llama es demasiado baja —inquirió Numerio recibiendo las lámparas.

—No tenemos más, por ahora tendremos que pasar la noche a oscuras —comentó Arrio evitando alargar discusiones.

Con escudos y espadas en mano; a excepción de Spurio. Los guerreros se adentraron en el interior de la casa, con la poca luz de las lámparas pudieron ver todo a su alrededor, la casa contaba con un gran espacio en su planta principal y solo una cama, de resto, estaba vacía. Los ojos de

Arrio se centraron en el centro de toda la casa donde no había nada.

—Décimo, podéis cerrar la puerta y todos dejad vuestras armas en el suelo —ordenó Arrio y se agachó para dejar sus armas—, nos vamos a quedar a descansar ahí en el centro.

La poca luz de las lámparas apenas podía alumbrar sus rostros, la oscuridad de aquella casa los absorbía, se quedaron meditando la situación durante varios minutos. Pero el miedo de todos se avivó con un extraño sonido que se escuchó a menos de un tres metros de ellos.

— ¡Por Júpiter! ¿Qué ha sonado? —exclamó Druso, mirando hacia todos los lados.

—Vino de aquel rincón —dijo Quinto señalando hacia el oscuro rincón.

Quinto levantó su espada y llevó consigo la lámpara de aceite, se acercó a la cama de madera donde había provenido el sonido. Lo que observó hizo que botara la espada al suelo e iniciara a temblar, pensó que un trozo de Inframundo estaba postrado en aquel dormitorio. Una mujer zombificada completamente desnuda, ataca de pies y manos con oxidadas cadenas de hierro. Su boca estaba cocida. Un horripilante olor y una podredumbre en donde podía verse todos sus fluidos corporales. El legionario se quedó petrificado al observar a la mujer y no tuvo una respuesta inmediata.

Décimo acudió para ver que estaba pasado y sin vacilar le dio muerte a la mujer. Luego empujó a su compañero al centro de la casa donde estaban reunidos sus compañeros.

—Os pido disculpas de todo corazón por la desastrosa campaña —dijo Arrio observando a todos los hombres cabizbajos.

Todos estaban sentados en círculo y en medio del círculo estaban las dos lámparas de aceite. Décimo tomó la palabra.

—Lo que acabó de suceder, es algo inesperado, nunca hemos sido entrenados para ello, es algo que trasciende nuestra capacidad de lucha —explicó el— no se disculpe, usted hizo lo mejor que pudo. Incluso si el César Adriano hubiera venido, el resultado hubiera sido el mismo.

—Le doy la razón al primer centurión —añadió Spurio quién seguía aferrado al cetro del águila, en esas condiciones ya no quería seguir armando más problemas. Nunca le había gustado la presencia de Arrio pero esta vez, pensó en apoyarle.

Los presentes asintieron y negaron las disculpas de Arrio, para ellos, seguía siendo el mejor general de Roma.

—Gracias camaradas por su comprensión, voy a pensar en un modo de sacarlos de aquí. Me pregunto, Druso ¿Qué sucedió con el resto de la legión? —preguntó el general abiertamente.

Spurio bajó la cabeza, no había visto lo que había sucedido, estaba escondido detrás de los árboles con el águila. Pensaba que solo era un cobarde, que nunca fue un líder de admirar. Décimo estaba en las mismas condiciones que Arrio, decepcionado y deprimido. Numerio rompió el hielo, un silencio que se ocultaba en los rincones de la casa.

—Mis ojos presenciaron a la aniquilación de todos nuestros hombres —dijo el centurión y clavó una mirada a la llama de la lámpara de aceite— estoy seguro que acabamos con todo el ejército de cadáveres andantes, pero tuvimos que luchar otra batalla. Una lucha contra nuestros propios compañeros, todos tomaron esas características y se volvieron en nuestra contra. Fuimos rodeados por nuestros propios amigos y en cinco horas

que duró la batalla, pereció la legión.

Los hombres derramaron lágrimas en el suelo, entraron en estado de desesperación. El hambre los consumía y la ansiedad no les permitió dormir. Arrio se mantenía dubitativo bajo la luz de la vela, ninguno había dicho alguna palabra en horas, pero Arrio estaba dispuesto a dar una solución. El general pensó en usar los principios del arte de la guerra.

—Hermanos de Roma, no quiero que mueran de hambre, tendremos que comer de la carne del caballo de Spurio. —los legionarios estaban recostados contra el suelo y al oír las palabras de Arrio se les subió la moral, Spurio ya no podía refutar las propuestas del general, observó a su líder con esperanza.

—Hazlo, podemos encender una pequeña fogata para cocinar la carne, la pagaremos antes de que se consuma —inquirió Spurio tomando algunos troncos que tenía cerca de él. Era lo único que tenía la casa, madera.

Druso y Quinto salieron de la casa con sus espadas a matar el caballo, este se encontraba echado en el suelo durmiendo profundamente. Druso no tuvo piedad para ejecutar al caballo, con su espada empuñada la enterró en el cuello del caballo. No hubo sufrimiento para el animal.

Ya era tarde la noche y los legionarios tardaron un poco en desmembrar el cuerpo del caballo, gran parte del lomo fue cortado y llevado al interior de la casa. La cabeza y las patas la dejaron al aire libre. La sangre del caballo cubría gran parte del cuerpo de Quinto, estaba sentado a las afueras de la casa. Cargar el caballo le parecía un trabajo muy arduo, pensó en su familia que estaba en Atenas, las constantes campañas le había alejado de ellos. Cerró por un momento los ojos para recordar los buenos recuerdos de ellos. De repente un muerto lo atacó sin piedad, arrancándole un trozo de la yugular. El hombre no tuvo reacción y el constante desangrado lo mató.

Livio salió para aniquilar al zombi romano que lo había atacado y sin vacilar remató a su compañero para que esté no se transformará en uno

de ellos. El legionario cerró los ojos de su antiguo compañero que permanecieron abiertos tomando un color amarillo. Todos los presentadores en la casa habían observado los sucesos; puesto que la puerta, estaba abierta.

Indignados por la muerte de Quinto, Décimo apagó las llamas de la fogata antes de que estas se consumieran. La oscuridad volvió a rodear a los siete guerreros y la ansiedad no les permitía dormir. Arrio seguía implacable con la duda y ya tenía listo un plan para salvarse con los hombres.

—Escuchadme, tengo un plan. —los guerreros hicieron un círculo sentados en medio de las lámparas de aceite para escuchar una vez más a su general.

—Mañana partiremos hacia el sur, vamos a regresar por el bosque.

— ¿Por qué no vamos hacia el norte? —interrumpió Décimo levantando su mano.

—Vamos a terminar llegando a las costas de Caledonia y no sabemos que habrá allá, seremos devorados por esos malditos —respondió Arrio con tono fuerte.

Décimo había pensado ir hacia al norte para buscar otras rutas hacia el sur, pero el legado tenía razón. La zona no estaba explorada y tal vez hordas de esos maldecidos lo iban a devorar.

—Señor, si vamos por el bosque nos perderemos y al ser una zona no explorada vamos a morir —añadió Vibio, el legionario de la sexta cohorte.

—Si vamos por el bosque, podremos enfrentar con más facilidad a los muertos. No podemos tomar el sendero, está plagado de esos malditos —aclaró Arrio intimidando con la mirada al subordinado.

—Es un excelente plan, si vamos a un paso rápido. Podremos llegar en solo tres días al cuartel de Britania —añadió Numerio que estaba con los brazos cruzados.

Spurio, Druso y Livio asintieron ante la iniciativa de Arrio. El político no podía aceptar la muerte, debía informar al emperador Adriano sobre la plaga que estaba invadiendo Caledonia, necesita convencer al emperador para retomar la campaña.

—Por el águila de la legión que traigo conmigo, apruebo esta iniciativa —dijo Spurio para elevar la moral de los hombres.

Los legionarios asintieron y luego del diálogo trataron de dormir un poco, para partir a la mañana siguiente. Por instinto, Arrio, se mantenía alerta, no quería dejar a sus soldados abandonados y no quiso dormir. El suelo de aquella casa era muy frío, no había mantas que cubrirán los cuerpos de los valientes guerreros, a Décimo no le incomodaba en lo más mínimo pero estaba en constante alerta, no quería ser devorado estando en sueño profundo.

3- Una nueva esperanza.

La luz del día entraba por un pequeño orificio que había en la puerta de madera. Para hacer ligero el viaje, los legionarios dejaron en el suelo sus armaduras y solo llevaron sus escudos y espadas. Arrio se despojó de su armadura de general y observó a Spurio que no tenía escudo, el general pensó en la seguridad del político y le entregó el escudo de Quinto. La relación entre el político y el general se fortalecía, y gracias a la situación las diferencias de ambos cesaron.

Los soldados abandonaron la casa marchando en grupo, con los escudos a la mano y con el águila dorada empuñada por Spurio. Arrio comandaba el grupo de los siete, con la mente en frío y atento a cualquier extraño movimiento, caminaba a paso lento por las calles de la pequeña ciudad de los pictos faltaba poco para llegar al bosque y al sendero comercial de ellos, hasta que un pequeño percance le detuvo.

— ¡Ahhhhhh! —gritó Vibio.

Un muerto con armadura romana le mordió el cuello, justo en la yugular. El cadáver estaba oculto detrás de una vieja casa de paja y olfateó el olor la sangre fresca del grupo y atacó al legionario. El centurión Numerio reaccionó de inmediato y se giró para clavar su espada en el cabeza del zombi. Un moribundo Vibio, cayó al suelo con su mano aferrada al cuello y al mismo tiempo fue rodeado por sus compañeros de guerra. Un par de lágrimas brotaron de los ojos de Arrio, pensaba que no ya no tenía la capacidad de liderar un grupo de hombres, su frustración por haber perdido seis mil vidas aumentaba.

—Se... Señor... —balbuceó Vibio. Mientras que era consciente de cómo su vida se estaba extinguiendo.

Numerio no quiso alargar más el sufrimiento de su camarada. Sin vacilar levantó su espada al aire, y con la fuerza de la caída, apuñaló la frente de su antiguo amigo. Ninguno dijo nada y continuaron con el viaje, dejando el cadáver de Vibio en el suelo.

El grupo de ahora solo seis legionarios continuó con su marcha, hacía mucho frío en la mañana de primavera, había nubes en el cielo y en oscuro miedo inundó la mente de Arrio. Se encontraba en frente de aquel sangriento sendero comercial, observó que en dicho camino ya no había presencia de ninguno de sus legionarios.

—Podemos avanzar por ahí —dijo Spurio señalando el sendero.

—El sendero está desolado, podemos correr por él sin problemas —añadió Décimo sin bajar la guardia.

Arrio meditó las propuestas de sus hombres, el hecho de observar las armas y escudos de sus antiguos compañeros le causaba náuseas, no le gustaba la idea de ir pisando aquellas armas por el camino, por los bosques había más posibilidades de escapar. Sin decir ni una palabra y sin mostrar algún gesto con sus manos, escaló la pendiente que conducía hacia el bosque. Sus hombres desorientados lo siguieron sin protestar.

El grupo de seis se cuidaba la espalda de cada uno, Arrio siempre observaba al frente, sus compañeros estaban más alerta a los francos y a la retaguardia. El bosque contaba con enormes robles y no había rastro de animales. El general pensó que no podían asumir el riesgo de correr aún. Tenían que recorrer algunos kilómetros para llegar al viejo campamento que habían levantado tres meses antes.

Los minutos pasaban, el ambiente era más denso, el silencio de aquel bosque encendió el miedo en los hombres. Los nervios de los hombres, hacían que no mantuvieran firme sus escudos. De repente una extraña neblina los arropó y cortó la visibilidad de los hombres.

—Señor, ¿Qué es esto? —preguntó Druso con un tono chillón.

—Los dioses nos han abandonado, no puedo ver mucho hacia el frente... No temas Druso, solo serán tres días de caminata —explicó Arrio tratando de calmar a su legionario.

Los sonidos que emitían los muertos en la niebla, desesperaban a los legionarios. Arrio se mantenía sereno, pero no podía deducir de donde

provenían esos sonidos.

—Arrio, parecen muchos, no quiero morir —sollozó Druso consumido por el miedo.

De repente una horda de zombis entre romanos y pictos emergió de la niebla, aparecieron por el frente de aquellos seis hombres.

— ¡Haced tres filas de tres, preparaos para el combate! —aulló Arrio ubicándose detrás de Décimo.

Décimo, Numerio y Livio se colocaron al frente con sus escudos en alto, por suerte no eran muchos muertos, no más de cuarenta. Los cadáveres andantes chocaron contra los escudos de los tres, la fuerza que generaban juntos empujaban a los seis hombres hacia atrás, los primeros tres legionarios atacaron a la primer fila de muertos, clavando sus espadas efectivamente en sus cabezas. Los zombis atacaron por los francos, una zona vulnerable por la poca cantidad de gente.

— ¡Formad testudo! —gritó Arrio a punto de ser atacado.

Un pequeño cuadrado de cuatro hombres se formó, Spurio y el águila se encontraban en el medio junto con Arrio. La horda rodeó a los seis hombres, que apenas resistían con sus escudos. El tribuno aprovechó los espacios de los escudos, para clavar la punta del águila en las cabezas de los cadáveres andantes. Así fue por varios minutos, los zombis iban muriendo poco a poco, el general y el político se sentían aplastados por la presión de sus mismos hombres, pero aquellos muertos contaban con mucha fuerza. Druso seguía resistiendo, solo quedaban cinco muertos con vida, pero un calambre en el brazo hizo que lanzará su escudo al suelo, la carente respuesta del guerrero hizo que los muertos lo devorarán sin piedad.

— ¡Corred con todas vuestras fuerzas!

Arrio aprovechó el momento en que los muertos devoraban a Druso y salió corriendo hacia el sur con sus hombres, al correr un par de kilómetros habían salido a campo abierto. Un lugar donde había grandes Montañas y dónde estaba el antiguo campamento romano, ya el sol se estaba poniendo y no podían seguir corriendo en la noche

Una tienda de campaña se podía observar en medio de aquel campo, algunos riachuelos estaban a poca distancia de la tienda. El grupo de los cinco hombres entró en ella. El cansancio no les permitió hablar por un rato, Décimo se lanzó al suelo para mitigar la fatiga, Arrio se sentó en el suelo a meditar la situación y a los otros les generó náuseas por su olímpica escapada.

—Ha sido un suicidio —dijo Décimo y escupió al suelo—, no creo que logre resistir otra batalla contra esos malditos.

—Tenemos que comer algo —añadió Numerio ya recuperado— el hambre nos puede matar.

Arrio escuchó las propuestas de sus subordinados, se levantó del suelo y se asomó por la tienda de campaña, observó que no había ningún animal en la zona y que ya era de noche; esta vez no podrían consumir algo.

—Iré a ver si hay algo que podamos comer, un animal o tal vez alguna fruta —propuso Livio que ya no se notaba fatigado, tenía úlceras y ya no podía soportar sus ganas de devorar un trozo de carne.

—No vayas legionario, puede ser muy peligroso, esas cosas andan por ahí —aconsejó Arrio.

Livio no soportaba más, por primera vez en su vida desobedeció una orden, salió de la tienda de campaña y descendió por la colina hacia el

riachuelo de agua dulce, que estaba a pocos metros de distancia.

—Ese incauto no tiene prudencia —espetó Décimo asomando un poco su cabeza por la tienda de campaña.

—Lo mejor es que cierre la tienda de campaña, dudo mucho que regrese con vida —añadió Spurio y se sentó en el suelo que estaba cubierto de muchas mantas. Lo suficiente para cubrir sus cuerpos de una noche fría.

Décimo ató la entrada de la tienda de campaña y aquellos legionarios cayeron cansados al suelo.

Livio buscó por todo el arroyo la presencia de algún venado o tal vez una rata de monte que pudiera consumir. Pero aún no encontraba nada, la luna era su única compañía y la falta de alimentación ya no le dejaba pensar fríamente. Miraba hacia todos los lados en busca de su presa, pero era inútil. El ambiente se tornaba más tenso a medida que caminaba por aquel riachuelo. De repente escuchó que unas ramas se partieron muy cerca de él, se detuvo de golpe y giró su cabeza para ver lo que sucedía.

Un trío de muertos con apariencia de pictos, se hallaban devorando un venado, cubiertos de sangre por todo su pálido rostro, se percataron de la presencia de Vibio. Éste no les prestó mucha atención y se dio media vuelta para salir corriendo, pero una roca le hizo resbalar y cayó al suelo. El fuerte golpe contra el suelo le reventó la cabeza, haciendo un corte profundo en la frente.

— ¡Ahhh, por Júpiter! —gritó Livio. Pero esto significó el comienzo de una lenta muerte. El trío de zombis lo rodeó para dar inicio al festín de carne.

Uno de los muertos le desgarró la túnica para comenzar a morder la zona abdominal, los otros dos a comerle la cara. Livio seguía paralizado por el golpe, y las mordeduras de aquellas criaturas no le hicieron reaccionar. No sentía mucho dolor, pero era testigo de cómo aquel muerto picto le abría

el abdomen para tragar sus propios órganos, la constante pérdida de sangre finalmente le había dejado inconsciente; un favor de los dioses pensó él antes de cerrar sus ojos, antes de que cerrara los ojos para siempre.

Los rayos del sol que se filtraban a través de la tienda de campaña, despertó a los cuatro legionarios que quedaban, les dolía el estómago pero a pesar de las circunstancias, Arrio aún tenía bríos para continuar con el viaje.

Los cuatro legionarios caminaron a un paso rápido a través de las montañas, por suerte ya no eran un blanco fácil para los muertos y ya no había nada que pudiera detenerlos. Durante el transcurso del viaje lograron comer algunos frutos del bosque e hidratarse con las aguas cristalinas de un arroyo que encontraron por el camino. La moral de los soldados aumentó, ya estaban muy cerca del cuartel general.

Cuartel general de Britania

Publio Elio Adriano, Imperator de Roma, bebía una gran copa de vino tinto sentado en una gran mesa, decorada con un mantel de fina seda de la China. Se hallaba cara a cara con el gobernador de Britania en una reunión privada. Un hombre con barba muy cuidada, el cabello largo y crespo, y de origen hispano. Había viajado desde Roma hace unas semanas para visitar la provincia de Britania, sector que nunca había sido visitado por un emperador.

—Al parecer no me tienes buenas noticias, Furio —dijo Adriano clavando una mirada intimidante.

—Cesar, un soldado malherido ha llegado al cuartel general, proveniente de la legio IX Hispania y nos ha relatado la masacre total de la unidad —explicó Furio titubeante en sus palabras y con cierto miedo a la presencia del Imperator.

—Esto ha sido una derrota humillante, por los rumores, he oído que una maldición afectó a toda Caledonia, transformado sus vivos en muertos —inquirió Adriano y bebió otro sorbo de vino, se quedó mirando su copa—, he traído conmigo al ingeniero Apolonio y su misión será construir un muro a lo largo de toda Britania, limitado la frontera del imperio. No queremos que esa maldición que traen esos habitantes infecte a Britania y evitar que llegue al sur.

— ¿Qué hará con el soldado y qué le dirá al senado? —interrogó Furio con cierta duda.

—Voy a desaparecer toda información que tenga que ver con la legión —dijo Adriano dejando en la mesa la copa de golpe— nuestros rivales ni el senado pueden enterarse de esta masacre, simplemente comunicaré que la unidad fue desmantelada y enviada a Mesopotamia. Así que mata a ese cobarde y todo aquel soldado que haya sobrevivido será ejecutado.

Furio abrió mucho los ojos al escuchar al Imperator, era una cruel medida pero contradecir al César le podría costar el puesto, así que solo se limitó a asentir y se retiró del comedor.

A cinco millas del cuartel general

Los cuatro hombres marchaban con entusiasmo por el sendero del bosque, ya faltaba poco para llegar a la fortaleza y pronto volverían a ver a sus familias.

—Señor, desde que iniciamos el viaje he sentido algo extraño —dijo Décimo acercándose a su general.

—Yo también he sentido que algo raro está sucediendo —añadió Numerio.

Spurio blandía el águila de la novena pero no sentía que algo raro estaba sucediendo, pero se asustó un poco al escuchar a sus camaradas.

— ¿Qué sucede centuriones, por qué afirmáis eso? —preguntó el político apretando más fuerte el asta del águila.

—He visto rastros de sangre por todo el camino, es posible que legionarios que escaparon de la batalla hayan llegado antes que nosotros —explicó Décimo mirando hacia el suelo; las manchas eran evidentes.

—Eso no es nada malo, mejor que haya un número más alto de sobrevivientes — comentó Spurio con ingenuidad en sus palabras.

Arrio escuchó atentamente la conversación, pero lo que observó volvió a agobiarle la mente, al final del sendero un grupo de muertos con las armaduras de Roma, caminaban hacia ellos con paso lento, la cólera de Arrio no le permitió idear una estrategia de combate. Pensaba que ya estaba aburrido de luchar de frente y lo mejor era correr y al mismo tiempo matar.

—No puedo creerlo, son renegados del Erebo y traen puestas las armaduras de Roma —dijo Spurio, al ver que los zombis se acercaban.

—Somos muy pocos para resistir el ataque —comentó Arrio y levantó su espada con la mano derecha— corred y matad a todo zombi que os atravesase en el camino.

Décimo conocía bien a su líder y por primera vez había hablado pensando en sí mismo, había luchado muchas batallas con él, pero esta vez ya no podía depender del legado de Roma. Esbozó una sonrisa y empuñó su

espada.

Spurio lanzó su escudo al suelo y asió el águila dorada de la legión como si fuera una jabalina.

—Siempre he cuestionado todas sus decisiones, pero me ha demostrado que es el mejor general de Roma, espero que algún día logre llegar a ser Imperator de Roma —dijo Spurio colocando su mano en el hombro de Arrio. Éste sólo asintió.

Los cuatro hombres salieron a correr hacía el pequeño grupo de muertos romanos, estaban cansados de cargar sus escudos y ya no tenían fuerzas para llevarlos consigo. Arrio observaba el grupo de muertos, por suerte no iban en conjunto, sino que caminaban de manera individual. Logró reconocer la cara de algunos centuriones conocidos y de grandes amigos de la legión. Antes de chocar de frente con un muerto, enterró su espada en la boca. La carne podrida del muerto le facilitó desenterrar la espada y clavarla en otro zombi que se le acercaba.

Spurio estaba más adelante, pero no corrió con la misma suerte, enterró el asta del águila en el cuello de un muerto, pero al ser tan larga, no pudo desenterrarla con facilidad y tardó más tiempo. Ya era muy tarde y un par de zombis que había al rededor le tumbaron al suelo para devorarlo.

— ¡Spurio! —gritó Décimo y corrió para hacerle el salve.

Sin piedad alguna, cortó las cabezas las cabezas de aquellos dos zombis que devoraban a Spurio. La carne podrida era más fácil de cortar que la fresca; era como cortar margarina. Pensó Décimo. El tribuno estaba gravemente herido en el rostro, ya no se podía reconocerle, las constantes mordeduras de los muertos. Le arrancaron trozos de los labios, oreja, nariz e incluso los ojos de sus cuencas.

—Matadme... Con... Honor —balbuceó Spurio, su propia sangre le había

inundado la boca.

Un par de lágrimas brotaron de los ojos de Décimo, esté rápidamente empuñó su espada y la levantó en más alto con sus manos y descendió a tiempo ligero para enterrar la espada en la frente de Spurio. No la quiso desenterrar, en vez de ello. Recogió el águila de la legión y siguió recorriendo su camino.

Numerio quedó acorralado por la mayoría de los muertos que estaban presentes, su espalda dio contra un gran roble y todas sus salidas estaban bloqueadas. El centurión de la sexta cohorte, había recordado su primera victoria cómo centurión hace unos años en Partía. Tuvo el honor de luchar bajo las órdenes del anterior Imperator, Marco Ulpio Trajano. Al haber traspasado el río Tigris, se había sentido como Alejandro Magno. Con esa misma motivación y júbilo decidió lanzarse a luchar una última batalla. Dio una patada muy fuerte al vientre de un zombi que tenía de frente, este cayó al suelo derrumbando en el proceso a otros dos que venían de atrás. Clavó su espada en la cabeza de un muerto que le iba atacar por la izquierda, desenterró su espada para matar a otro por la derecha. El cadáver viviente que había caído en el suelo, no pudo recuperarse ya que Numerio le enterró la espada en el cuello. Un zombi le mordió el tríceps y arrancó un buen pedazo de carne, Numerio no pudo contenerse y le destrozó el rostro con fuerte golpe de codo. Los otros dos muertos que yacían en el suelo, le agarraron con rigor de los pies y derrumbaron al centurión al suelo. Antes de que un zombi le empezara a comer el rostro, le enterró la espada en toda la boca, la sangre del cadáver le empapó el rostro y le cortó la visión. El muerto le cayó encima y no tuvo oportunidad para recuperar su espada, los muertos no tuvieron compasión al devorarlo.

Arrio y Décimo ya se habían alejado varias millas del campo de batalla, estaban bendecidos por los dioses, ningún muerto les estaba persiguiendo. Se detuvieron cuando observaron las atalayas del cuartel general.

—Señor, lo hemos logrado —dijo Décimo eufórico.

—los arqueros ya no has visto, pronto abrirán las puertas para nosotros
—comentó Arrio y se sentó un momento a descansar.

Torre de guardia del cuartel

—Es el legado Arrio y el primer centurión Décimo, señor —inquirió Furio, al verlos sentados a pocos metros de distancia.

—Mandad una cohorte a asesinarlos —dijo Adriano, quien se asomó en la cima de la torre para asesinarlos.

— ¡Si, señor! —respondió el gobernador con tono militar y sin titubear.

A pocos metros del cuartel

—Vamos, Décimo, las puertas de han abierto para nosotros, iré a hablar con el gobernador primero —dijo Arrio, levantándose y señalando hacia las puertas.

De repente, una cohorte de ochenta hombres salió de las puertas, marchaban marcando el paso y con la disciplina característica.

—Rodead a los hombres en cuadro —ordenó el centurión que los dirigía.

Los legionarios rodearon a los dos sobrevivientes en cuadro, para así cerrarles todas las salidas.

—Soy el general de la novena legión, Arrio Ulpio Celso, ¿Por qué nos estáis rodeando? —preguntó él muy encolerizado.

—Por órdenes del César, ustedes han sido condenados a muerte —respondió el centurión con severidad.

Décimo y Arrio no lo podían creer, se miraron los dos antes de luchar una última batalla.

—Un buen romano nunca se rinde, señor —dijo Décimo, llevándose el puño al pecho.

—Fue un honor tenerte como subordinado —le respondió el legado al oído.

Décimo empuñó el águila de la legión y la lanzó como si de una jabalina se tratara, a la cabeza del centurión. Matándolo al instante. Los legionarios de la centuria atacaron instintivamente asesinando a puñaladas a los dos hombres.

Arrio boca abajo en el suelo, sentía la tierra entrar a sus ojos, recordó que nunca había sido derrotado en una batalla. Dacia, Partía, pero fue derrotado en Britania; y por sus propios compañeros. Antes de cerrar sus ojos para siempre recordó una vieja frase.

“Quien a hierro mata, a hierro muere”

**

Hacia el año 128 d.C se inauguró el muro de Adriano. Con él, lograron resistir a una pequeña bestia negra para Roma; los pictos. Enemigo que fue derrotado trescientos años después gracias al muro. En 1987, el muro fue declarado patrimonio de la humanidad por la UNESCO.